

---

TIEMPO DE MEMORIA

---

Richard Overy

# SANGRE Y RUINAS

La gran guerra imperial. 1931-1945

---



TUSQUETS  
EDITORES

RICHARD OVERY  
SANGRE Y RUINAS  
La gran guerra imperial  
1931-1945

Traducción de Francisco García Lorenzana

Título original: *Blood and Ruins. The Great Imperial War, 1931-1945*

1.<sup>a</sup> edición: octubre de 2024

© Richard Overy, 2021

Publicado en 2021 con el título de *Blood and Ruins* por Allen Lane, un sello de Penguin Press. Penguin Press forma parte del grupo de empresas Penguin Random House.

© de la traducción: Francisco García Lorenzana, 2024

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-1107-518-3

Depósito legal: B. 14.108-2024

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Egedsa

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Índice

|                                                                    |      |
|--------------------------------------------------------------------|------|
| Prefacio .....                                                     | 11   |
| Agradecimientos .....                                              | 19   |
| Nota sobre el uso de algunos términos en el texto .....            | 21   |
| Lista de imágenes. ....                                            | 23   |
| Abreviaturas. ....                                                 | 27   |
| <br>Prólogo: «Sangre y ruinas»: la era de la guerra imperial. .... | 45   |
| 1. Imperios-nación y crisis global, 1931-1940 .....                | 83   |
| 2. Fantasías imperiales, realidades imperiales, 1940-1943 ....     | 197  |
| 3. La muerte del imperio-nación, 1942-1945 .....                   | 337  |
| 4. Movilizar una guerra total .....                                | 511  |
| 5. Librar la guerra. ....                                          | 593  |
| 6. Economías de guerra: economías en guerra. ....                  | 705  |
| 7. ¿Guerras justas? ¿Guerras injustas? .....                       | 795  |
| 8. Guerras civiles .....                                           | 879  |
| 9. La geografía emocional de la guerra. ....                       | 957  |
| 10. Crímenes y atrocidades .....                                   | 1007 |
| 11. De imperios a naciones: una era global diferente .....         | 1083 |
| <br>Apéndices                                                      |      |
| Notas .....                                                        | 1155 |
| Índice onomástico .....                                            | 1215 |
| <br><i>[Mapas]</i>                                                 |      |
| Conquistas japonesas en China, 1931-1941. ....                     | 30   |
| Imperio italiano, 1935-1941. ....                                  | 31   |
| Expansión militar alemana, 1936 - junio de 1941. ....              | 32   |
| El Mediterráneo y Oriente Medio, 1940-1942 .....                   | 33   |
| Imperio alemán en el este, 1941-1943. ....                         | 34   |
| El avance japonés hacia el sur, 1941-1944 .....                    | 36   |
| La guerra germano-soviética, 1943-1945 .....                       | 38   |

|                                                      |    |
|------------------------------------------------------|----|
| Retroceso aliado en el Pacífico, 1942-1945 . . . . . | 40 |
| La guerra en el oeste, 1943-1945 . . . . .           | 42 |

*[Tablas]*

|                                                                                                                         |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 4.1. Fuerzas armadas de las grandes potencias, 1939-1945. . . . .                                                       | 524 |
| 4.2. Estadística comparativa de los soldados alemanes<br>y soviéticos muertos, 1939-1945 . . . . .                      | 528 |
| 4.3. La proporción de mujeres en la mano de obra nativa,<br>1939-1944 . . . . .                                         | 574 |
| 6.1. La producción militar de las grandes potencias en guerra,<br>1939-1944 . . . . .                                   | 714 |
| 6.2. Suministro de equipamiento militar por parte de los Estados<br>Unidos bajo Préstamo y Arriendo, 1941-1945. . . . . | 747 |
| 6.3. Barcos mercantes japoneses y comercio de productos,<br>1941-1945 . . . . .                                         | 792 |

# Imperios-nación y crisis global, 1931-1940<sup>1</sup>

... en un acto de violencia intolerable, los soldados chinos volaron una sección de la vía de Mantetsu, ubicada al noroeste de Beitaying [base militar] y atacaron a nuestros guardias del ferrocarril. Nuestros guardias devolvieron inmediatamente el fuego y movilizaron la artillería para bombardear Beitaying. Ahora nuestras fuerzas ocupan una sección de la base.

*Asahi*, Osaka, 19 de septiembre de 1931<sup>1</sup>



屈臣氏汽水



El artículo de portada del diario popular *Asabi*, mencionado en el epígrafe, presentaba al público japonés un relato de la perfidia china que dejó incrustado en la percepción popular japonesa quién era el culpable del inicio de la consiguiente invasión y ocupación japonesas de toda la provincia septentrional china de Manchuria. Se trataba de una manipulación de la verdad. Un grupo de ingenieros japoneses del Ejército de Kwantung, apostados en Manchuria para proteger los intereses económicos del imperio en la región, colocaron los explosivos a primera hora de la mañana del 18 de septiembre de 1931 para tener una excusa para iniciar un programa de expansión militar en China que no iba a finalizar hasta 1945. Desde un punto de vista global, el incidente fue menor, pero sus ramificaciones fueron mucho más amplias. Se dio el primer paso para crear un nuevo orden imperial y económico mediante la violencia en el momento más álgido de la crisis económica mundial. Los disparos en la base de Beitaying fueron la señal de inicio de lo que, en la década de 1930, se iba a convertir en una nueva era imperial.

Una crisis global mucho más amplia y los esfuerzos desesperados de Japón por encontrar alguna solución a la pobreza creciente y al aislamiento económico moldearon las circunstancias de lo que el Gobierno japonés llegó a calificar como el «Incidente de Manchuria». El Ejército de Kwantung, que recibía su nombre de la zona de concesión japonesa en la costa china de Manchuria conocida como el Territorio Arrendado de Kwantung, llevaba años conspirando para extender el Imperio japonés hacia el interior de China. Preocupados por la escala de la crisis económica, y conscientes de la amenaza persistente del nacionalismo chino, los comandantes del ejército decidieron finalmente actuar con independencia de Tokio. Después de volar la corta sección de los Ferrocarriles del Sur de Manchuria (Mantetsu) de propiedad japonesa, los soldados japoneses asaltaron la guarnición local china en el puerto de Mukden. Capturaron el resto de la ciudad y, tras un ataque meticulosamente planeado, salieron del Territorio Arren-

dado, primero ocupando las zonas colindantes a la red ferroviaria principal, después expulsando de las regiones meridional y central de Manchuria a los 330.000 hombres mal preparados del señor de la guerra local chino, Zhang Xueliang, y completando así la ocupación de la provincia a principios de 1932. El ejército desplegó a 150.000 hombres y, a cambio de los tres mil que perdió, conquistó una región casi del tamaño de Europa. A pesar de la flagrante falta de la disciplina, el emperador Showā japonés, Hirohito, aprobó la acción dos días después. El Imperio japonés se había transformado en tamaño y riqueza casi de la noche a la mañana.<sup>2</sup>

El «Incidente de Manchuria» no provocó directamente la guerra mundial que estalló ocho años después, pero inauguró una década de renovada expansión imperial que seguía la estela del «nuevo imperialismo» del mundo anterior a 1914 y al acuerdo imperial del final de la Gran Guerra. Ninguno de los tres Estados que acabaron definiendo el nuevo imperialismo —Italia, Alemania y Japón— empezó con un plan definido o un programa para su expansión, pero cada uno actuó de manera oportunista para establecer esferas de interés. Tampoco concertaron sus imperialismos, pero observaron con atención los logros de unos y otros, y reunieron coraje gracias a los éxitos de los demás. Aunque los líderes de los tres Estados esperaban que, por el momento, mientras completaban sus proyectos imperiales, pudiera evitarse una guerra más general, las inestabilidades provocadas por estos tres programas separados alimentaron el curso hacia una guerra global que estalló entre 1939 y 1941.

## Una nueva era imperial

El factor crítico para Japón, Italia y Alemania era el territorio. El control sobre el territorio, ejercido de diversas maneras formales e informales, se hallaba en el centro del imperio. El modelo de este principio de «territorialidad» fue el período de los cuarenta años de expansión territorial violenta y de pacificación que precedieron a la década de 1930 y que, en algunos casos, aún seguía vigente. De hecho, las decisiones que se tomaron en Tokio, Roma o Berlín para librar guerras de agresión locales solo tienen sentido en este contexto más amplio. Los discursos de «raza y espacio» que habían sustentado el imperio desde finales del siglo XIX no habían perdido ni un ápice de su fuerza explicativa para las generaciones que llegaron al poder

en la década de 1930. Aunque esta forma de imperialismo parezca anacrónica en retrospectiva, incluso ilusoria, en aquel momento el paradigma del imperio parecía familiar y cercano. Los resultados de la redistribución de territorios de 1919-1923 y las consecuencias de la catástrofe económica después de 1929 no sirvieron para debilitar la creencia de que ocupar territorio y conseguir más recursos era una forma indispensable para salvar a la nación, construir una economía más fuerte y satisfacer las necesidades de una cultura superior, sino que la fortalecieron aún más.

Los líderes japoneses, italianos y alemanes no eran los únicos convencidos de que la era del imperio aún no había pasado, a pesar de todas las evidencias de que las ambiciones nacionalistas, los costes económicos crecientes y la inseguridad persistente marcaban la decadencia gradual del proyecto imperial global. En lugar de aprender la lección obvia de que el imperialismo tradicional era una empresa abocada al fracaso, decidieron que necesitaban más imperio, marcado con su propio carácter particular. Los otros factores que se destacan habitualmente en los análisis sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial —la carrera armamentista, las crisis diplomáticas, el conflicto ideológico— no fueron la causa, sino la consecuencia de la nueva oleada de formación de imperios. Aunque tal vez con reticencias, los grandes Estados de la Sociedad de Naciones podrían haber convivido con diferencias ideológicas o con un aumento en el gasto militar si esto hubiera sido lo único que les separaba; el factor que los grandes Estados imperiales no podían aceptar era que la nueva oleada de formación de imperios, en su sentido territorial más básico, era ahora incompatible con su propia visión del imperio y el nuevo lenguaje del internacionalismo que habían tejido a su alrededor.

La principal pregunta que debe plantearse es ¿por qué, teniendo en cuenta todos los inconvenientes de poseer un imperio, los sustanciales riesgos de seguridad que implicaba y la fuerza creciente del sentimiento nacionalista, estos tres Estados decidieron que la «territorialidad» era el principio que debía fundamentar su desafío al orden existente en la década de 1930? Estas decisiones parecen aún más destacables porque, a diferencia de las guerras anteriores a 1914, en las que se podía conquistar territorio mediante conflictos a gran escala sin intervención exterior —la guerra sudafricana o la guerra turco-italiana son buenos ejemplos de ello—, los objetivos de la agresión imperial en la década de 1930 fueron todos Estados soberanos y miembros de la Sociedad de Naciones, protegidos, al menos sobre el papel, por el principio de seguridad colectiva. No existe una respues-

ta sencilla a esta pregunta y, aunque las circunstancias exactas difieren entre las tres zonas regionales, se observan similitudes notables en las explicaciones dadas para justificar el control de más territorios. Se podría añadir que la generación que llegó a la madurez del liderazgo político y militar en la década de 1930 creció en el mundo de las fantasías imperiales, rodeada por una cultura que destacaba la superioridad de los Estados modernizadores y «avanzados», líderes en la marcha de la civilización contra los pueblos menos desarrollados o primitivos que conquistaban; se trataba de una generación profundamente afectada por la experiencia de las guerras y de la afirmación violenta de las nacionalidades modernas. El imperio, exclamaba el líder fascista italiano Giuseppe Bottai, gobernador de la capital etíope Addis Abeba en 1936, durante un breve período de tiempo, había «inculcado en mí el deseo de vivir la guerra en lo más profundo de mi conciencia ... Veinte años o más de mi vida *dentro* de la guerra».<sup>3</sup>

El punto de partida para explicar el ansia de un imperio territorial es, paradójicamente, la nación. En los tres Estados el ansia del imperio estaba unida al objetivo de conseguir la autonomía nacional, lo que tenía el significado práctico de liberar a la nación de una situación en la que su desarrollo parecía limitado o encorsetado por el orden internacional existente: «La intervención y opresión de las grandes potencias», en palabras de un panfleto japonés.<sup>4</sup> Los nacionalistas japoneses, explicaba un funcionario del Mantetsu, veían Manchuria como «un salvavidas ... del que resulta imposible retirarse si se espera que la nación siga existiendo».<sup>5</sup> Estas formulaciones de lo que se ha llamado el «nacionalismo catastrofista» anticipaban la posible extinción de la autoexpresión nacional y hacían un llamamiento a la reafirmación urgente de la misión nacional.<sup>6</sup> Mussolini invocaba regularmente la idea de que el desarrollo de Italia estaba estrangulado por la serie de posesiones británicas en el Mediterráneo que permitía a Gran Bretaña «rodear, encarcelar Italia».<sup>7</sup> Reivindicar los intereses nacionales se consideraba una necesidad para proteger la población metropolitana, garantizando su futuro económico y su desarrollo demográfico, así como ofreciendo un sentido mucho más seguro de identidad nacional ya no como una potencia subordinada, sino como uno de los grandes imperios-nación. «Queremos un *imperio*», le dijo Hermann Göring a un conocido inglés en 1937 durante una discusión sobre lo que estaba dificultando el futuro nacional de Alemania.<sup>8</sup>

En todos los casos, el discurso nacionalista describía la nación como una entidad especial, destinada a dominar y liderar la región que tenía alrededor. «Una nación en Europa debe establecer su autoridad

sobre las demás —escribió el comentarista político alemán Wilhelm Stapel—. Solo la nación alemana puede ser el agente de ese nuevo imperialismo.»<sup>9</sup> Al mismo tiempo, se suponía que la población nacional debía mostrarse digna de formar parte de la regeneración de la nación. «Nos estamos convirtiendo y nos convertiremos cada vez más en una nación militar», declaró Mussolini en 1933.<sup>10</sup> En Alemania, el «despertar nacional» de 1933, con la revolución nacionalsocialista, iba unido a la idea de que el cuerpo nacional podía reivindicar su auténtica fuerza, incorruptible ante las supuestas amenazas internacionalistas y cosmopolitas de judíos, marxistas y liberales, que, según los temores de Hitler, podrían haber convertido Alemania en una «segunda Suiza».<sup>11</sup> En Japón, donde los mandos militares dominaron la política nacional a partir de 1931, se inició una campaña generalizada para elevar la conciencia nacional y el entusiasmo por la expansión territorial —la campaña de «defensa nacional»— que se centraba en los temas del honor nacional y el sacrificio por la nación. Como ocurrió en Alemania y en Italia, las críticas contra el nuevo rumbo fueron aplastadas por la policía secreta y la censura. En Japón, como en Europa, la consecución de la autonomía nacional justificaba el nuevo imperialismo y, a su vez, creaba el vínculo entre el Estado y el pueblo en la construcción de un orden nuevo.<sup>12</sup> El imperio se veía como un signo esencial de virilidad nacional y de valores raciales, así como un marco en el que se podían dejar de lado las normas morales convencionales, como había ocurrido en el siglo XIX.

El segundo factor era más práctico. El nuevo imperialismo iba unido a ambiciones económicas mucho más amplias. La construcción de un imperio estaba diseñada para trascender las limitaciones impuestas por las estructuras económicas y territoriales globales existentes a la hora de adquirir «espacio vital» adicional para hacer frente a las presiones demográficas y la falta de tierras, asegurar el acceso a recursos de materias primas y alimentos, y establecer un bloque económico en el que el comercio y las inversiones no estuvieran controlados por la comunidad de los negocios, sino por el centro imperial. Los tres Estados compartían un compromiso creciente con la planificación estatal y una hostilidad contra el modelo occidental de capitalismo liberal y contra los valores occidentales que lo fundamentaban. El capitalismo, según afirmó Hitler en una de las primeras reuniones del partido, «se tiene que convertir en un sirviente del Estado y no en su amo»; una «economía del pueblo» debía servir a la comunidad, no a los intereses de los negocios internacionales.<sup>13</sup> El imperialismo económico también debía estar al servicio de las necesidades del pueblo. El

ansia por conseguir beneficios económicos era evidente en los tres casos. Italia suponía que la conquista de Libia y Etiopía iba a proporcionar tierras agrícolas nuevas para entre un millón y medio y seis millones de campesinos italianos, que se podrían asentar en el imperio en lugar de emigrar al Nuevo Mundo. Albania, anexionada en 1939, tenía tal escasez de población que se creía que podría absorber a dos millones de italianos.<sup>14</sup> En este caso también se trataba de *lo spazio vitale* (el espacio vital), un término tan común en Italia como en Alemania. Etiopía se presentaba como una tierra de oportunidades doradas, un Eldorado lleno de recursos minerales sin descubrir. Los informes sobre Albania sugerían yacimientos de petróleo aún no descubiertos.<sup>15</sup> Las aspiraciones japonesas para controlar Manchuria se basaban en la esperanza de que al menos cinco millones de campesinos japoneses al borde de la miseria se podrían asentar allí hasta la década de 1950, mientras que la industria y los abundantes recursos de materias primas de Manchuria, muy desarrollados gracias a la ayuda de las inversiones japonesas mucho antes de la invasión, se consideraban esenciales para el futuro de Japón en un mundo donde el desarrollo del comercio y el acceso a las materias primas parecían peligrosamente inseguros. Entre 1926 y 1931, alrededor del 90% de las inversiones japonesas en ultramar se destinaron a proyectos en Manchuria. Sin un control seguro de estas inversiones, según se afirmaba, Japón no podía seguir modernizándose económicamente, ni desarrollar las fuerzas necesarias para defender el imperio.<sup>16</sup>

El caso alemán no fue diferente. La idea de conseguir más *Lebensraum*, central en la visión que tenía Hitler del desarrollo alemán, se difundió ampliamente en cuanto la crisis económica de Alemania de las décadas de 1920 y 1930 se atribuyó a la ausencia de recursos suficientes y de un acceso seguro a los mercados. La propaganda popular sobre otros imperios europeos destacaba las enormes disparidades entre el tamaño de la metrópoli y el conjunto del imperio: Francia se multiplicaba por 22, los Países Bajos, por 60, y Bélgica, por 80. Se calculaba que el territorio del Imperio británico era 105 veces mayor que las islas metropolitanas. Alemania, por otro lado, tras la pérdida de territorio nacional y colonial de 1919, era más pequeña de lo que había sido antes.<sup>17</sup> La creación y el dominio de un bloque económico del centro y el este de Europa, con un comercio controlado y auto-suficiente de recursos esenciales y alimentos, se convirtió en un elemento esencial de la política económica del régimen de Hitler, pero era una visión muy compartida en Alemania. «El espacio [*Raum*] económico —afirmaba Göring en la misma conversación de 1937—

debe ser simultáneamente nuestro espacio político.»<sup>18</sup> El propio Hitler tenía una visión toscamente económica del imperio. En 1928, en su segundo libro (inédito), reflexionaba sobre el imperialismo británico y concluía que, a pesar de toda la retórica de exportar cultura y civilización, «Inglaterra necesitaba mercados y fuentes de materias primas para sus productos. Y se aseguró estos mercados a través de los mecanismos de la política de poder». En última instancia, la prosperidad nacional significaba conquistas para asegurar «el pan de la libertad a partir de la dureza de la guerra».<sup>19</sup>

El tercer factor fue la oportunidad. Las dudas y las frustraciones de la década de 1920 dieron paso a una sensación nueva de que la crisis del orden de posguerra de la década de 1930 podía posibilitar actuar de manera autónoma en la construcción de un orden nuevo, solo con un riesgo limitado de provocar una crisis aún mayor. Estos cálculos fueron esenciales para explicar el ritmo de la nueva oleada de imperialismo. El fracaso de la comunidad internacional para enfrentarse a los efectos de la recesión global aceleró la tendencia a adoptar soluciones nacionales a la crisis y a romper la colaboración con los demás países, una tendencia que fue palmaria con el fracaso de la Conferencia Económica Mundial de Londres en junio de 1933.<sup>20</sup> Una consecuencia de la crisis global fue la falta de voluntad de los grandes Estados de la Sociedad de Naciones para correr riesgos en un momento en que difícilmente podían permitirse el coste de una vigilancia internacional. La incapacidad de la Sociedad de Naciones de hacer algo más que censurar a Japón por su ocupación de Manchuria fue interpretada como un mensaje claro de que el sistema de seguridad colectiva no funcionaba cuando se trataba de los miembros importantes de la Sociedad. Más tarde, los líderes japoneses alardearon de que Japón había sido «el heraldo de la caída de la Sociedad de Naciones», porque sin su iniciativa para exponer la «incapacidad e inutilidad» de la Sociedad es posible que Alemania e Italia no hubieran tenido la oportunidad de aplicar sus propias políticas agresivas.<sup>21</sup> Es cierto que la invasión de Etiopía, que tuvo lugar cuatro años más tarde, no contó con una oposición fuerte y decidida, ni tampoco la violación de los acuerdos de Versalles por parte de Alemania cuando anunció públicamente su rearme en 1935, ni la remilitarización de la zona fronteriza de Renania en marzo de 1936. Cada paso que se daba con éxito fortalecía la creencia de que Gran Bretaña y Francia, los dos imperios más grandes y los dos Estados más importantes de la Sociedad de Naciones, no iban a obstaculizar el camino para la formación de más imperios. «Creemos que Ginebra solo es una colección de

ancianas —le dijo un periodista italiano a un colega británico en Addis Abeba en 1936—; todos lo creemos y siempre lo hemos creído.»<sup>22</sup> Los tres Estados abandonaron la Sociedad de Naciones: Japón, en marzo de 1933; Alemania, en septiembre de 1933; e Italia, en diciembre de 1937.

La incapacidad de Gran Bretaña y Francia para evitar el apoyo armado alemán e italiano a la revuelta nacionalista del general Francisco Franco en España entre 1936 y 1939, o para oponerse a la ocupación alemana de Austria en 1938, o al desmembramiento de Checoslovaquia por parte de Alemania de ese mismo año, fortaleció esta convicción y, sobre todo, persuadió a Hitler de que, aunque Gran Bretaña y Francia harían «gestos extremadamente teatrales» ante una invasión alemana de Polonia, una vez más no iban a intervenir militarmente.<sup>23</sup> No obstante, para los tres Estados lo más importante era actuar antes de que la Unión Soviética o los Estados Unidos tuvieran la capacidad o la voluntad de desempeñar un papel más importante en los asuntos mundiales. Japón y Alemania eran muy conscientes de que la Unión Soviética, que, durante la década de 1930 y bajo los Planes Quinquenales, estaba fortaleciendo su presencia industrial y militar, era un peligro potencial para cualquier futuro imperialista. Uno de los factores que impulsaron la ocupación de Manchuria —a pesar de la extensa frontera común con la Unión Soviética que resultó del conflicto— fue la necesidad de conseguir una defensa sólida ante cualquier movimiento soviético contra el Imperio japonés y salvaguardar sus recursos estratégicos.<sup>24</sup> Hitler, en uno de los principales documentos estratégicos que redactó durante su dictadura y que esbozó en agosto de 1936, el llamado memorándum del Plan Cuatrienal, destacaba la amenaza que supondría el Ejército Rojo al cabo de quince años y la necesidad de que Alemania resolviera los problemas del espacio vital mucho antes.<sup>25</sup> Los Estados Unidos eran una incógnita. Obligados a vivir en un aislamiento relativo a causa de los efectos catastróficos de la depresión económica y supeditados principalmente a su armada para defender su territorio, estaba claro que solo serían una amenaza en el futuro, pero, aun así, llegarían a serlo. En general, los Estados Unidos mantenían una actitud crítica con todo tipo de imperialismo, aunque la opinión pública americana no estaba dispuesta a aceptar la idea de una intervención armada para prevenirlo.<sup>26</sup> En cuanto al mundo imperial, tanto el viejo como el nuevo, veían sus ambiciones amenazadas por las sombras de Lenin y Wilson: el imperio se tenía que construir cuanto antes.

La idea de que construir un nuevo orden en medio de una oleada renovada de imperialismo territorial era posible no hacía que tomar las decisiones necesarias para llevarlo a cabo fueran más sencillas. El trasfondo de la ocupación de Manchuria, de la invasión de Etiopía, o de las de Checoslovaquia y Polonia, ponen de manifiesto que las dudas y cautelas no escaseaban en el liderazgo político de los tres países, a pesar de la posterior visión de posguerra de que formaban parte de un gran plan para dominar el globo. Lo quisieran o no, seguían necesitando el «permiso» de las grandes potencias de la Sociedad de Naciones. Al final, Mussolini disipó las dudas que sus comandantes militares y algunos de sus colegas fascistas albergaban acerca de la invasión de Etiopía: les planteó que había conseguido un acuerdo verbal con Francia y Gran Bretaña en el que garantizaban que no se opondrían, lo que resultó ser falso. Antes de la ocupación de Albania, vaciló sobre lo que podrían hacer las otras potencias (aunque en este caso la Sociedad simplemente se limitó a tomar nota de la protesta albana para que constara en sus archivos).<sup>27</sup> La ocupación alemana de las zonas de Checoslovaquia en las que se hablaba alemán, después del Acuerdo de Múnich del 30 de septiembre de 1938, suele considerarse un triunfo de la diplomacia intimidatoria de Hitler, pero dejó al dictador hecho una furia, porque la insistencia de las potencias occidentales le había negado su guerra corta contra los checos. Antes de la guerra contra Polonia que se desataría al cabo de un año, insistió ante su entorno en que no habría un segundo Múnich.<sup>28</sup>

Una de las razones para ser prudente era la mayor visibilidad de los conflictos imperiales durante la década de 1930, incluidos los que tuvieron lugar en los imperios establecidos. Esto se debió en gran medida al desarrollo de los medios de comunicación modernos —los reportajes en los periódicos desde todas partes del mundo, la popularidad de los noticiarios cinematográficos y la radio—, pero también al trabajo de la Sociedad de Naciones, que, a pesar de su supuesta timidez, ofreció una plataforma pública para debatir las violaciones de la soberanía nacional, entre ellas la discusión pública sobre la ocupación ilegal de Manchuria por parte de Japón y el ataque de Mussolini contra Etiopía.<sup>29</sup> El debate internacional obligó a los agresores a justificar sus acciones y, en los tres casos, plantearon arteramente que habían llevado a cabo las invasiones para proteger sus intereses contra estados fallidos. Durante el debate sobre Manchuria en la Sociedad de Naciones, la delegación japonesa insistió en que, como «estado único y organizado», China era una «ficción». También se dijo que Manchuria no era una colonia en ningún sentido

formal, sino el Estado «independiente» de Manchukuo, bajo el depuesto emperador manchú Puyi.<sup>30</sup> Mussolini justificó el asalto contra Etiopía arguyendo que el país no era más que «un conglomerado de tribus bárbaras», un «no estado».<sup>31</sup> Hitler justificó la extensión de un protectorado alemán en los territorios checos de Bohemia y Moravia alegando que el estado nacional había dejado de funcionar efectivamente, aunque, más que una colonia potencial, Checoslovaquia era en todos los sentidos una nación europea moderna. También en este caso, el «protectorado», un término que desde hacía mucho tiempo se asociaba con el imperialismo europeo como una manera de disimular el control efectivo, se presentaba como si disfrutase de cierta autonomía política.<sup>32</sup> Hitler anunció la guerra contra Polonia en la mañana del 1 de septiembre de 1939 y, reproduciendo inconscientemente la condena que Mussolini hizo de los etíopes en 1935, afirmó que tampoco los polacos eran un pueblo que estuviera construyendo un estado y que sin el Gobierno alemán «prevalecería la peor de las barbaries».<sup>33</sup>

La prudencia no solo venía dictada por las circunstancias internacionales, sino también por los problemas que tenían las élites políticas y militares de la metrópolis para llegar a un consenso sobre el curso futuro de la política. Ese fue claramente el caso de Japón, donde la política doméstica se articulaba a través del conflicto entre los partidos políticos civiles y los militares, entre el ejército y la armada, y entre las distintas facciones del propio ejército. Cuando los comandantes del ejército de la península de Kwantung lanzaron la invasión en septiembre de 1931, lo hicieron desafiando al gobierno civil. El consiguiente estancamiento entre el ejército y los políticos provocó la dimisión del gabinete Minseitō y prácticamente el fin de la supervisión civil del imperialismo del ejército, pero el fraccionalismo militar persistió hasta mediados de la década de 1930.<sup>34</sup> Las discusiones entre la armada y el ejército giraban en torno a las propuestas contrapuestas de avanzar hacia el norte o hacia el sur: la armada quería priorizar la defensa en el Pacífico y la posible ocupación de las colonias europeas ricas en recursos en el sudeste de Asia, lo que resultó una elección desastrosa; el ejército miraba hacia el norte, hacia la amenaza soviética, y antes que nada quería consolidar su estrategia continental en el norte de China con la formación de un bloque industrial y comercial fuerte y autosuficiente para sentar las bases de la expansión futura del poder militar japonés y defender el imperio. Estas discusiones quedaron suspendidas pero no resueltas con la publicación el 7 de agosto de 1936 de los «Fundamentos de la Política

Nacional», que respaldaban las dos propuestas de una defensa fuerte del imperio en el continente asiático y los preparativos navales para extender el imperio hacia el sur.<sup>35</sup>

Fueran cuales fuesen los argumentos para la prudencia estratégica, la expansión japonesa en China prosiguió sin pausa a lo largo de la década de 1930. Resultó imposible revertir la invasión de Manchuria y, de hecho, se convirtió en el trampolín para las siguientes agresiones territoriales japonesas, en parte para estabilizar la frontera con la China nacionalista, en parte para asegurarse más recursos y nudos de comunicación, y en parte porque al ejército japonés y a sus apoyos políticos en Tokio les entraron unas ganas imprevistas de ampliar el imperio. En la década de 1930, la extensión del control territorial japonés nunca atrajo la misma atención internacional como Manchuria (o como la que le dedican muchos historiadores actuales). El 17 de febrero de 1933, veinte mil soldados invadieron y ocuparon la provincia de Rehe, una región al sur de Manchuria que formaba parte de la Mongolia Interior. La invasión colocó al Ejército de Kwantung a corta distancia de la capital china, Beijing. De marzo a mayo de 1933 el ejército libró lo que se llamó la campaña de la «Gran Muralla»: conquistó más territorios al sur hasta llegar a la Gran Muralla y ocupó la ciudad china de Tanggu, que se convirtió en el principal de los puertos controlados por los japoneses, el más grande de China. En 1935 las fuerzas japonesas penetraron en otras provincias de Mongolia Interior y, en junio, forzaron un acuerdo con el comandante chino local para evacuar la provincia de Hebei, la zona que rodeaba Beijing. La ocupación de más partes de Mongolia Interior permitió que los japoneses formaran el segundo Estado «independiente» de Mengkukuo, una patria mongola gobernada nominalmente por el príncipe Demchugdongrub, pero dominada, como Manchukuo, por el ejército japonés. En enero de 1936 el Gobierno de Tokio aprobó finalmente una estrategia para establecer el control sobre el resto del norte de China, donde el ejército pudo cortar totalmente el acceso de las fuerzas nacionalistas chinas a las regiones más ricas de China y a las principales fuentes de ingresos chinos. Cuatro años después de la ocupación de Manchuria, la expansión japonesa se había extendido por amplias zonas del continente asiático y, en el proceso, había transformado la naturaleza de la economía imperial de Japón.<sup>36</sup>

La adquisición de Manchuria y de otras regiones del norte de China permitió que, al final, Japón se enfrentase al orden económico existente en Asia con algunas perspectivas de triunfo. El objetivo era reducir la contribución de las demás grandes potencias comerciales en

el conjunto de la región y redirigir los recursos para ampliar la industria japonesa. La clave era el desarrollo económico de los recursos en Manchukuo y el norte de China. Manchuria había sido el corazón industrial de China: le proporcionaba el 90% de su petróleo, el 70% de su hierro, el 55% de sus suministros de oro, etcétera.<sup>37</sup> Entre 1932 y 1938 Japón invirtió 1.900 millones de yenes en la región. El ejército y el gobierno insistieron en la planificación y dirección económica estatales para asegurarse de alcanzar sus objetivos. En marzo de 1933 se publicó el Plan de Construcción Económica de Manchukuo y se formaron veintiséis corporaciones para productos determinados. Se tomó el control de los bancos chinos o se los coordinó con los bancos japoneses, estableciendo un bloque monetario del yen, y se duplicó la longitud de la red ferroviaria. En 1937 se estableció la Compañía para el Desarrollo del Norte de China con el objetivo de asegurar que la región sirviera a los intereses japoneses planificados. El norte de China también fue incorporado en el bloque del yen.<sup>38</sup> Con los recursos que ofrecían los nuevos territorios, la producción de acero japonés aumentó de dos millones de toneladas en 1930 a 5,6 millones en 1938, y, durante el mismo período, la del carbón se incrementó de 31 millones a 49 millones de toneladas. La expansión económica quedó engullida por las demandas militares. En el Plan Esquemático de 1937, el ejército elevó sus aspiraciones y, a principios de 1940, pasó a tener 55 divisiones; en 1934, el gasto de defensa representaba el 14% de los gastos estatales, pero en 1938 ascendía ya al 41%. En 1934, el nuevo bloque económico fue declarado zona de interés especial solo para Japón —la llamada doctrina Amau— y, en 1938, el primer ministro, el príncipe Konoe Fumimaro, lanzó un mensaje de advertencia: en el Lejano Oriente había nacido un nuevo orden económico del que estaban excluidos terceros países. Según el Plan Esquemático del ejército, el *boom* industrial debía suministrar en 1941 todos los recursos necesarios para la defensa del imperio y «fortalecer nuestra capacidad de liderar el Lejano Oriente».<sup>39</sup>

A pesar de todo, la estrategia militar japonesa en China estaba mal definida. Los problemas fronterizos con la China nacionalista de Chiang Kai-shek y sus señores de la guerra aliados en el norte invitaban a nuevas aventuras militares, pero resultaba difícil controlar más territorio con unas fuerzas relativamente limitadas, y eso no iba a ayudar a tener un contexto estable para la explotación de los territorios ya adquiridos. La prioridad no era embarcarse en una guerra importante contra el sur nacionalista, sino controlar política y militarmente el norte de China, así que no se hicieron planes para la

guerra chino-japonesa que finalmente acabó estallando en julio y agosto de 1937. Por una vez, la iniciativa fue de los chinos. La estrategia de Chiang de establecer la unidad nacional antes de enfrentarse a la amenaza japonesa —lo que significaba en la práctica destruir el comunismo chino— contaba con una oposición creciente a finales de 1936. Durante una visita a la ciudad de Xi'an en la provincia noroeste de Shaanxi, el general Zhang Xueliang, el antiguo señor de la guerra local, secuestró a Chiang: quería que encabezase una campaña nacional contra los japoneses en colaboración con los comunistas. Después de una presión nacional e internacional generalizada para que se le liberase —principalmente por parte de Stalin—, Chiang regresó a su capital, Nankín, donde afirmó que, durante su breve cautiverio, había tenido la visión de que su destino era salvar a China de Japón.<sup>40</sup>

La oportunidad para tomar un rumbo nuevo llegó de manera inesperada con un incidente trivial que tuvo lugar entre soldados japoneses y chinos, cerca de Beijing; fue una de las muchas fricciones que se habían producido hasta el momento, pero Chiang la vio como el momento para enfrentarse finalmente a la continua violación de la soberanía china por parte de Japón. El llamado incidente del «Puente de Marco Polo» (el nombre occidental de Lugouqiao, un puente antiguo situado a las afueras de Beijing) se inició la noche del 7 de julio de 1937, cuando una compañía del Ejército Japonés de Guarnición en China realizaba maniobras nocturnas cerca del puente. Durante un breve tiroteo, la unidad japonesa perdió contacto con uno de sus soldados y exigió el derecho a registrar la pequeña ciudad amurallada de Wanping para encontrarlo. Cuando se les negó el acceso, las tropas japonesas asaltaron la ciudad y mataron a doscientos soldados chinos. Los comandantes locales de ambos bandos enseguida buscaron un alto el fuego en un incidente que difícilmente se podía calificar de *casus belli*.<sup>41</sup> No obstante, la crisis fue escalando con rapidez, reflejo de las cuestiones más graves que se dilucidaban entre China y Japón en la década de 1930. En Tokio, el Ejército Sugiyama Hajime hizo caso omiso de la actitud cautelosa del gabinete de Konoe y ordenó el envío de tres divisiones para tomar el control completo de la región. El 16 de julio, Beijing quedó rodeada; las operaciones del ejército japonés se iniciaron el 26 de julio y la antigua capital cayó al cabo de dos días. La cercana ciudad portuaria de Tianjin cayó el 30 de julio. Ahora los japoneses optaron por planes más ambiciosos: querían resolver de una vez por todas el «Incidente del Norte de China» con la destrucción de los principales ejércitos de

Chiang y, si era posible, el derrocamiento de su régimen. Esto aún no se podía considerar una guerra total, pero Chiang decidió «nacionalizar» el incidente del Puente de Marco Polo como una amenaza contra la supervivencia de la nación china. Poco después del 7 de julio, escribió en su diario: «Este es el momento de la determinación de luchar» y, unos días después, añadió que la crisis era «el punto de inflexión para la existencia o el aniquilamiento».<sup>42</sup> Tras la caída de Beijing, el 7 de agosto convocó una «Reunión Conjunta de Defensa Nacional» de todas las figuras políticas y militares más destacadas de la China nacionalista para pedir su apoyo en una guerra total contra el enemigo japonés. Los reunidos reaccionaron con unanimidad. Chiang difundió la noticia de la guerra —«La expansión ilimitada de Japón empuja a China y no le deja otra alternativa que actuar en defensa propia»— y las mejores unidades de su ejército se enviaron a Shanghái, donde Chiang consideraba que iba a tener lugar el primer enfrentamiento crítico.<sup>43</sup>

Las fuerzas armadas japonesas esperaban una campaña relámpago, «una victoria rápida después de una guerra corta», primero con la destrucción de los principales recursos militares de Chiang y, después, con la progresiva ocupación japonesa de China del territorio sur, hasta llegar al curso inferior del río Yangtsé. Los jefes del ejército esperaban conseguir los objetivos japoneses al cabo de un mes; otros predecían tres meses como mucho. Los planes tenían mucho en común con la posterior Operación Barbarroja alemana, donde la arrogancia militar prevaleció una vez más sobre la realidad militar y geográfica. El ejército japonés era numéricamente inferior, pero estaba mucho mejor armado, mejor entrenado y era más móvil que su adversario chino; sin embargo, los planes para el avance militar no tuvieron en cuenta las enormes distancias y la variedad geográfica de las regiones que ahora se proponían ocupar. Muy pronto el avance se ralentizó; las fuerzas japonesas eran incapaces de conseguir una victoria decisiva contra un enemigo que se podía retirar y reagrupar en el extenso interior chino. De las pocas divisiones que lo integraban en el verano de 1937, el ejército japonés tuvo que pasar a veintiuna divisiones a finales de año, a treinta y cuatro, un año después, y a cincuenta y una divisiones en 1941.<sup>44</sup> Cuantas más fuerzas japonesas eran atraídas a la China central, más difícil se volvía el suministro logístico; cuanto mayor el territorio a controlar, mayor la fragmentación del ejército japonés. Chiang ganó notoriedad con lo que llamó la «guerra de resistencia». La naturaleza atroz de la mayor parte de la actuación bélica japonesa en China, incluidos el uso de gas tóxico y la guerra biológica (ántrax, peste, có-

lera), no sirvió más que para inflamar el odio chino contra el invasor y consolidó un sentido de unidad nacional que Chiang había intentado crear en vano a principios de la década de 1930. Chiang también ganó en determinación, todo lo contrario de lo que esperaban los japoneses, convencidos de que se rendiría al enfrentarse a la realidad militar. Solo en 1938 se realizaron once intentos de que aceptara un tratado de paz y todos fueron rechazados.

A pesar de ello, la resistencia china demostró su fragilidad cada vez que se la puso a prueba. Las fuerzas armadas japonesas, rebautizadas en agosto de 1937 como Ejército del Área Norte de China, se desplegaron desde la conquistada Beijing hacia el oeste y el sur, a lo largo de las principales vías ferroviarias, cuyo control era esencial para garantizar la movilidad y los suministros. Junto con una sección del Ejército de Kwantung en Manchuria, las fuerzas japonesas avanzaron hacia las provincias de Chahar y Shanxi al oeste y no tardaron en capturar el vital nudo ferroviario de Nankou, que estaba en manos de las fuerzas nacionalistas del general Tang Enbo, enviado allí por Chiang a principios de agosto.<sup>45</sup> Como el régimen nacionalista dependía de la alianza de los señores de la guerra locales en el frente septentrional —entre ellos Song Zheyuan, cuyas fuerzas en Tianjin y Beijing habían abandonado muy pronto la batalla en julio—, Chiang decidió que la estrategia más acertada sería atacar a los japoneses en una zona más vulnerable, cercana a sus propias fuerzas armadas, el Ejército Central del Guomindang. Su elección de Shanghái como campo de batalla principal eliminaría la amenaza japonesa sobre una de las fuentes principales de ingresos y ofrecería una respuesta adecuada a la pérdida de Beijing; también podría implicar el apoyo de potencias extranjeras, pero su objetivo principal, según explicó a sus jefes militares, era librar una larga guerra de desgaste, todo lo contrario de las intenciones de Japón. A medida que las fuerzas de Chiang se concentraban en Shanghái, el ejército y la armada japoneses ampliaban su fuerza a cinco divisiones y estacionaban 32 buques de guerra en el puerto. El 14 de agosto, la pequeña fuerza aérea china inició la campaña con un ataque aéreo desastroso contra el buque insignia japonés, que destruyó hoteles locales y un salón de juego, y mató o hirió a más de mil trescientos civiles. La gran fuerza terrestre china forzó a los japoneses a retroceder hacia el litoral, pero el asalto se atascó. Japón desplegó tropas adicionales, bloqueó la costa china con su armada y, el 15 de agosto, su fuerza aérea naval inició lo que se acabaría convirtiendo en una prolongada ofensiva de bombardeos contra bases, puertos y ciudades chinas.

En la última semana de agosto, los japoneses emprendieron una ambiciosa operación anfibia para desembarcar divisiones cerca de Shanghái, fuertemente respaldada por la artillería naval. El 13 de septiembre, las fuerzas japonesas estaban dispuestas a lanzar una contraofensiva por un terreno difícil, plagado de obstáculos acuáticos e improvisadas líneas de defensa chinas. Hasta el 12 de noviembre no consiguieron la victoria, con muchas bajas en ambos bandos: 40.300 japoneses y 187.000 chinos (entre ellos las tres cuartas partes del cuerpo de oficiales jóvenes de Chiang).<sup>46</sup> El cuartel general imperial de Japón quería capturar toda la zona, incluida la capital, Nankín, con la esperanza de dar con ello el golpe decisivo para terminar la guerra. Los vencedores de Shanghái salieron en tropel hacia la capital tras un enemigo desmoralizado y desorganizado, quemando aldeas y asesinando a sus habitantes. Chiang ya había ordenado que el gobierno se retirase a Chongqing, mucho más al oeste, mientras trasladaba su cuartel general militar a Wuhan, mucho más al sur. Dejó atrás una fuerza simbólica para defender Nankín, que fue barrida por una oleada de violencia japonesa contra soldados y civiles por igual. La capital cayó el 13 de diciembre bajo las fuerzas del general Matsui Iwane y su segundo al mando, el príncipe Asaka, y los soldados japoneses se entregaron durante días al pillaje, las violaciones y los asesinatos.<sup>47</sup> A finales de 1937, los ocupantes japoneses habían asegurado a un elevado coste una gran región en el centro y el este de China, pero aún estaban muy lejos de conseguir la victoria rápida que habían anticipado en julio. El 16 de enero de 1938, el príncipe Konoe anunció que Japón rompía todo contacto con el régimen de Chiang: es decir, declaraban un estado de guerra formal, aunque tardío.

A pesar de las excepcionales pérdidas militares y de la falta de armamento adecuado, Chiang y sus generales, ahora con el apoyo de fuerzas leales a la independiente Camarilla de Guangxi del lejano sur del país, se prepararon para nuevas campañas importantes. La primera, y una de las más largas de la guerra, tuvo lugar en los alrededores del gran enlace ferroviario de Xuzhou, al norte de Nankín, e implicó a más de seiscientos mil soldados. Las fuerzas japonesas se aproximaron desde el norte y el sur, en un movimiento en pinza. Ahora los ejércitos que habían salido victoriosos en Shanghái se habían organizado como la Fuerza Expedicionaria de China Central y, junto con el Ejército del Área Norte de China, capturaron Xuzhou en mayo de 1938; sin embargo, fracasaron cuando trataron de atrapar a cuarenta divisiones chinas, cuyos soldados se retiraron en grupos pequeños y se pusieron a cubierto de una tormenta de polvo y niebla.